

El que faltaba

René Ariza

ANTES DE ABRIRSE EL TELÓN, EN LA OSCURIDAD, SE ESCUCHA UN MURMULLO DE muchas voces ininteligibles. Luego un silencio. Una voz lejana da una orden de fusilamiento. Tiros. Silencio. Otra vez el murmullo pero más débil. Otra vez la orden. Tiros. Silencio. El murmullo muy apagado. La orden. Tiros que se repiten como un disco rayado. Debe hacerse evidente que es una grabación. Silencio. Un pequeño ¡Ay! muy débil y cansado. Silencio. Se abre el telón. Hileras de muertos. Gran pausa. Se oye a alguien en cajas que se prepara a salir carraspeando. Sale un hombre de traje negro con corbata, andar elegante y marcadamente disciplinado. Carraspea. Se sube una manga mirando a los muertos con asco. Mira al público como diciendo «Qué clase de tarea me toca realizar». Se vuelve como a una orden militar y comienza a contar los cadáveres. Termina de contar haciendo un ademán de fastidio: la cuenta no sale. Se pone de frente. Reflexiona. Está sudando. Saca un pañuelo bien dobladito y se seca la frente. Lo guarda. Comienza a contar con bríos y desenvoltura. La cuenta no sale. Mira al público por sobre un hombro haciéndole cómplice de su agotamiento. Vuelve a sacar el pañuelo ya descuidadamente y se lo pasa por la frente. Comienza a contar. Se equivoca. Vuelve a empezar. Se equivoca de nuevo. Saca el pañuelo ya hecho una bola y se seca el sudor. Se quita el saco. No sabe dónde ponerlo. Lo tira fastidiado. Cuenta. Se va llenando de satisfacción, pero al terminar se ha equivocado otra vez. Se golpea la frente. Se quita la corbata, tira y se zafa el primer botón de la camisa. Ha perdido toda su compostura del primer momento. Mira al público como exigiéndole ayuda. Cuenta. Para. Se rasca la frente. Cuenta. Le sale mal, se golpea la cabeza. Cuenta con los dedos. Falta uno evidentemente. Mira a todas partes. Mira al público. Lo mira con sospecha, y como si dijera: «No me queda otro remedio, compréndanlo». Cuenta una y otra vez: No sale. Revisa entre cajas. Vuelve a contar desfachatadamente y con rabia. No sale. Mira al público: «El deber es el deber». Se abrocha la camisa. Recoge la corbata y se la pone. Se seca la frente y vuelve a doblar bien el pañuelo. Recoge el saco y lo sacude cuidadosamente. Va adquiriendo compostura. Se pone el saco. Guarda el pañuelo. Se sube una manga como al principio, trata de contar. Es inútil. Registra entre cajas. Mira al público como si dijera: «Cumplo con mi deber hasta el final». Saca un revólver. Lo prepara. Se lo pone en la sien. Dispara. Cae muerto en el lugar que faltaba. Himno militar irreconocible tocado como por una orquesta de retreta.

(CIERRA EL TELÓN LENTAMENTE)